



La próxima frontera

Los países de bajo ingreso están ganando terreno en un mundo globalizado, pero aún tienen grandes retos por delante

Masood Ahmed

CUANDO en el mes de junio se produjo la salida a bolsa más grande de la historia de África oriental, las acciones de la empresa de telefonía móvil Safaricom, de Kenya, tenían un exceso de suscripción de más del 500%. Con más de 860.000 accionistas, Safaricom hoy reúne el accionariado más extenso de Kenya. Según los medios de comunicación, el potencial de crecimiento del sector es elevado, porque apenas un tercio de la población tiene teléfono móvil. Hace solo ocho años, esa cifra era inferior al 1%.

A lo largo y a lo ancho del mundo en desarrollo —desde los arrozales de Vietnam hasta el litoral tropical de Mozambique— los niveles de vida están subiendo y se está perfilando la próxima frontera para los inversionistas. En Vietnam, la tasa de pobreza según el ingreso bajó de un 58% en 1993 a un 16% en 2006, y unos 34 millones de personas dejaron atrás la pobreza; en Mozambique, la mortalidad infantil retrocedió de 126 por mil en 2000 a 96 por mil en 2006.

Que la aceleración del crecimiento sostenido resulta esencial para reducir la pobreza en los países pobres es algo que pocos cuestionan; por eso, el desempeño económico reciente de muchos países de bajo ingreso, sobre todo en África, es especialmente alentador. Detrás del crecimiento económico promedio del 5,6% que África subsahariana alcanzó en 2003–07, se pueden discernir políticas económicas más sólidas (muy lejanas del avance intermitente que prácticamente no generó crecimiento, pero sí fuerte inflación, durante la mayor parte de las décadas de 1980 y 1990) y términos de intercambio más favorables, gracias al ambiente económico internacional imperante desde la década de 1960.

Pero esta es solo una cara de la moneda (véase el recuadro 1, sobre la diversidad de los países de bajo ingreso). Para el “club de la miseria” (Collier, 2007), las perspectivas no parecen halagüeñas. En algunos países de África subsahariana, sobre todo los Estados “frágiles” víctimas del conflicto armado y de la debilidad institucional, parece cada vez más claro que las metas económicas y sociales enmarcadas por los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) no se concretarán. Incluso en Asia meridional, que es donde más se espera ver retroceder la pobreza durante la próxima década, probablemente no se hagan realidad las metas convenidas sobre enseñanza primaria, paridad entre los sexos en la enseñanza terciaria, y mortalidad y malnutrición infantil.

Pero este desenlace no es inevitable: depende de la reacción de los países de bajo ingreso y del respaldo que les preste el resto del mundo. En este artículo se exponen cuatro grandes retos macroeconómicos para los países de bajo ingreso: hacer frente al encarecimiento de los alimentos y los combustibles, aprovechar la evolución de la ayuda, fortalecer el sector privado y profundizar los mercados financieros, y mejorar la calidad de las instituciones. Si algunos de esos planteamientos no parecen nuevos, es porque no lo son. Pero definidos por la situación histórica, coyuntural y geográfica, han desarrollado aristas y singularidades propias. Abordarlos exige respetar la historia, el contexto y las tradiciones de cada país.

Hacer frente al encarecimiento de los alimentos y los combustibles

Afrontar el impacto socioeconómico de la espectacular subida de precios de los alimentos y los combustibles es una prioridad inmediata para los países de bajo ingreso, algunos de los cuales se encuentran en el filo de la navaja debido al avance de la inflación, a problemas de la balanza de pagos y al recrudecimiento de la pobreza, todo lo cual amenaza con quitarles parte del terreno ganado en los últimos tiempos.

La carestía de los alimentos produce un impacto directo más profundo en el poder adquisitivo de los hogares pobres, que generalmente dedican a la alimentación más de la mitad de su ingreso, en comparación con menos del 10% para combustible. Los pobres de las zonas urbanas son los más damnificados. Cuando las familias pobres no pueden alimentarse bien, el

porcentaje de subnutrición puede aumentar rápidamente, y la malnutrición entre los niños y las embarazadas puede producir consecuencias duraderas para el desarrollo humano. Como lo señala el informe de la Comisión para el Crecimiento y el Desarrollo (2008), la malnutrición también puede afectar al crecimiento a largo plazo al reducir la productividad.

A falta de una respuesta colectiva puntual y focalizada, el encarecimiento mundial de los alimentos podría hundir a otros 100 millones de habitantes de países de bajo ingreso por debajo de la línea de pobreza. Hay que centrarse en medidas inmediatas y a largo plazo. La primera prioridad es que la comunidad internacional ayude a los países pobres a financiar la importación de alimentos y el costo fiscal de la ayuda a los necesitados. Los países más golpeados deberían recortar los precios de los alimentos para la población pobre y desprotegida a través de subsidios provisionales y focalizados o de una ayuda más generosa. Pero al mismo tiempo deberían rehuir en lo posible las políticas que distorsionen los precios o que impidan lograr a más largo plazo soluciones de mercado. Esto significa evitar subsidios generalizados para hacer bajar los precios internos de los alimentos, controles directos de precios o prohibiciones de exportación, medidas todas que suelen desincentivar la producción y podrían terminar agudizando la presión inflacionaria.

Muchas otras materias primas están tocando nuevos máximos como parte de este boom de precios, que pone en primer plano varios retos para la gestión macroeconómica. Primero, contribuye a *un recrudecimiento preocupante de las presiones inflacionarias*. El nivel general de inflación continúa subiendo

Recuadro 1

¿Qué son los países de bajo ingreso?

Los economistas suelen denominar “países de bajo ingreso” a aquellos cuyo ingreso per cápita promedio está por debajo de cierto nivel. El Banco Mundial, por ejemplo, atribuye esa calificación a 49 países cuyos ciudadanos ganan anualmente en promedio menos de US\$935 (al valor de 2007), aunque una marcada desigualdad significa que muchos ganan mucho menos, y algunos, mucho más. Como todas las clasificaciones basadas en el ingreso o en el PIB, esta tiene sus ventajas (entre otras cosas permite analizar de manera un poco más integrada los problemas comunes a estos países), pero a la vez oculta una profunda diversidad entre ellos, relacionada con factores estáticos como la geografía y con factores más dinámicos como el avance económico logrado en pos del desarrollo (cuadro).

Conviene entonces pensar en los “países de bajo ingreso” no como un concepto monolítico, sino más bien como un abanico de desarrollo. Desde el punto de vista del progreso económico de la última década, cerca de una cuarta parte de estos países logró mejorar el ingreso promedio en 50% o más; la mitad experimentó cierto aumento del nivel de vida, y el resto sufrió un estancamiento o una caída. Tal variedad realza conceptualmente el contexto socioeconómico propio de cada uno de estos países, pero no debería eclipsar el objetivo económico que comparten: mejorar el nivel de vida de la población a tra-

Todo un abanico

Los países de bajo ingreso son diferentes desde muchos puntos de vista, como por ejemplo su tasa de crecimiento.

Crecimiento del PIB real per cápita, 1997-2007	Países
Más del 50%	Camboya, Chad, Mozambique, Myanmar, Nigeria, Sierra Leona, Tayikistán, Vietnam
25%-50%	Bangladesh, Burkina Faso, Etiopía, Gambia, Ghana, Madagascar, Malí, Nepal, Pakistán, República Democrática Popular Lao, República Kirguisa, Santo Tomé y Príncipe, Tanzania, Uzbekistán
0%-24%	Benin, Kenya, Guinea, Malawi, Mauritania, Níger, República del Yemen, Rwanda, Senegal, Uganda, Zambia
Menos del 0%	Burundi, Comoras, Côte d'Ivoire, Eritrea, Guinea-Bissau, Haití, Islas Salomón, Liberia, Papua Nueva Guinea, República Centroafricana, República Democrática del Congo, Togo, Zimbabue

Fuentes: FMI, base de datos de *International Financial Statistics*, y Banco Mundial.

Nota: No hay datos sobre Afganistán, la República Popular Democrática de Corea ni Somalia.

vés de un crecimiento generalizado y una amplia reducción de la pobreza para que todos puedan vivir una vida digna y llena de oportunidades.

en muchos países y puede golpear especialmente a los que gastan más en alimentos que en otros bienes por un amplio margen. Como es poco probable que los alimentos y los combustibles bajen rápidamente de precio, el temor a la inflación podría perdurar. Un objetivo crítico será proteger el terreno que tanto costó ganarle a la inflación —y a las expectativas inflacionarias— para reducirla a un solo dígito.

Segundo, *el encarecimiento de los alimentos y los combustibles puede tener un fuerte impacto en la balanza de pagos* (cuadro). Según los recientes análisis del FMI (2008a y 2008b), el impacto negativo en muchos países importadores de bajo ingreso es bastante grave: en muchos casos está muy por encima del 2,5% del PIB, y en Liberia ronda el 15% del PIB, es decir, casi la totalidad de las reservas internacionales. Aunque algunos países pudieron resguardar sus balanzas de pagos a corto plazo porque el aumento de los ingresos de exportación o de las entradas de capital ayudaron a financiar la importación de materias primas, las proyecciones muestran que en alrededor de la mitad de los países africanos el encarecimiento de la importación de alimentos podría superar el 1% del PIB en 2008, y en los países más pobres, como Eritrea y Gambia, el 2%.

Tercero, *aunque la subida vertiginosa de los precios de las materias primas beneficia a corto plazo a algunos exportadores, también pone a prueba la capacidad de los sistemas de administración del presupuesto para utilizar esos ingresos de exportación con eficacia y transparencia*. Estos países necesitan mantener la estabilidad macroeconómica en medio de una creciente afluencia de divisas. Afortunadamente, muchos están decididos a prevenir los daños macroeconómicos provocados por los auges y caídas de los precios de las materias primas que a veces caracterizaron una gestión poco estricta. Varios están creando mecanismos especiales para aprovechar al máximo estos recursos —quizá pasajeros— a largo plazo.

Por último, *dadas las probabilidades de que los precios de los alimentos se mantengan elevados durante algunos años, los países de bajo ingreso deberían aprovechar esta oportunidad para estimular la expansión de su producción agrícola*. Este objetivo puede lograrse modernizando e invirtiendo en infraestructura y sistemas de distribución y almacenamiento; promoviendo la eficiencia a través de la competencia; forjando un marco regulatorio estable y proporcionando acceso al financiamiento, y eliminando las barreras al comercio. De hecho, Ravallion y van de Walle (véase “Tierra y pobreza en las reformas de Asia oriental”, pág. 38) recalcan la importancia de la reforma agraria para la reducción de la pobreza en Vietnam y China, y las lecciones que su experiencia encierra.

Imprimirle más eficacia a la ayuda

El segundo reto consiste en lograr que la ayuda sea más eficaz. Alrededor de la mitad de los países de bajo ingreso sigue siendo sumamente dependiente de la ayuda externa para financiar los programas de desarrollo. Tras casi dos décadas de estancamiento, el volumen de ayuda comenzó a subir sustancialmente en los últimos años, y se gestó un movimiento internacional concertado para que la ayuda contribuyera más a reducir la pobreza y a promover el desarrollo. Muchos donantes nuevos brindan fondos para el desarrollo. Todo esto

Los más golpeados

Los fuertes shocks de precios de los alimentos y combustibles tienen un profundo impacto en la balanza de pagos de muchos países de bajo ingreso de África subsahariana.

	Impacto en la balanza de pagos como porcentaje del PIB			
	Alimentos	Petróleo	Otras materias primas	Shock total
Liberia	-4,5	-11,1	0,3	-15,3
Guinea-Bissau	-1,1	-7,6	0,0	-8,8
Eritrea	-2,4	-6,1	-0,1	-8,6
Comoras	-2,7	-2,9	-0,9	-6,5
Togo	-0,4	-5,6	0,6	-5,5
Gambia	-2,7	-2,3	0,0	-5,1
Malawi	-0,8	-2,9	-1,0	-4,7
Sierra Leona	-0,9	-3,7	0,1	-4,4
Guinea	-1,6	-3,6	1,0	-4,2
Madagascar	-0,7	-3,1	0,0	-3,7
Burundi	-0,4	-3,9	0,9	-3,4
Etiopía	-0,8	-2,6	0,4	-3,0
Burkina Faso	-0,3	-2,7	0,5	-2,5
Rep. Centroafricana	-0,8	-1,8	0,1	-2,4
Benin	-0,6	-2,0	0,3	-2,2
Rep. Dem. del Congo	-1,5	0,0	0,0	-1,5
Zimbabwe	-0,4	-1,7	0,8	-1,3

Fuentes: Adaptación de FMI (2008b); Naciones Unidas, base de datos estadísticos sobre el comercio de mercaderías; FMI, base de datos de *Perspectivas de la economía mundial*, y cálculos del personal técnico del FMI.

Nota: El impacto en la balanza de pagos se calcula como la variación del saldo comercial producida por la variación de los términos de intercambio de cada país. Mide el efecto del aumento previsto de los precios de las exportaciones y las importaciones en 2008, en comparación con 2007 (los volúmenes de comercio son cifras de 2007), como porcentaje del PIB. Los precios del petróleo utilizados en los cálculos son US\$71,1 el barril en 2007 y US\$112 el barril en 2008. Los datos corresponden al 30 de junio de 2008.

significa nuevas oportunidades para los países beneficiarios, pero también los obliga —al igual que a los donantes— a verle por que la ayuda se utilice y administre debidamente (véase “Mejorar la eficacia de la ayuda”, pág. 15).

La presencia de donantes bilaterales “no tradicionales” (es decir, los que no pertenecen al Comité de Asistencia para el Desarrollo (CAD) de la OCDE, que tiene 23 integrantes), fondos mundiales, fundaciones privadas, empresas y organizaciones no gubernamentales (ONG) está dibujando un nuevo panorama. Entre los donantes bilaterales que no pertenecen al CAD se cuentan Arabia Saudita (y otros países de Oriente Medio ricos en petróleo), Brasil, China, India, Malasia, Rusia, Venezuela, y algunos miembros recientes de la Unión Europea. Se calcula que en 2006 este grupo brindó más de US\$12.000 millones en financiamiento. Según algunas estimaciones, China e India proporcionan juntos alrededor de US\$3.000 millones anuales y ambos están expandiendo los programas de ayuda.

Junto a los nuevos países donantes, los fondos mundiales que se concentran en objetivos concretos, especialmente en el campo de la salud, se están transformando rápidamente en destacados vehículos para el suministro de fondos y programas. Integrar estos “fondos verticales” en la “infraestructura de prestación horizontal” de cada país es prioritario para una ayuda más eficaz. Y los donantes privados —por ejemplo, las grandes fundaciones— están contribuyendo sustancialmente. La Fundación Bill y Melinda Gates por sí sola donó más de US\$2.000 millones en 2007, y —según estimaciones de la

OCDE— las ONG de países del CAD proporcionan un volumen considerable de fondos.

Estos nuevos agentes aportan fondos, ideas y modelos operativos inéditos. Pero la proliferación de donantes que aportan individualmente una proporción pequeña del total de ayuda también plantea problemas a la hora de imprimir más eficacia a la selección de proyectos y la prestación y gestión de la ayuda (Kharas, 2007). Por ejemplo, el promedio de donantes por país aumentó de 12 en los años sesenta a alrededor de 33 en 2001–05. Existen más de 230 organizaciones, fondos y programas internacionales que proporcionan ayuda, número que supera al de los países en desarrollo que la reciben. Para los beneficiarios es difícil gestionar la ayuda procedente de numerosos donantes si carecen de capacidad administrativa suficiente porque cada donante insiste en utilizar sus propios procesos a fin de ejecutar y monitorear los proyectos. De ahí la necesidad de *armar los procedimientos de ayuda* para brindar asistencia de mejor calidad y más fácil de administrar en el país receptor.

La Declaración de París sobre la Eficacia de la Ayuda al Desarrollo, adoptada en 2005 por donantes y beneficiarios, contiene 56 compromisos para mejorar la prestación y gestión de la ayuda. Su implementación ya puso en marcha importantes reformas del sistema, aunque queda mucho por hacer para que los programas de los donantes estén debidamente alineados con las prioridades de cada país (véase “Una obra en curso”, pág. 20). Será fundamental alinear mejor las prioridades de la ayuda con los objetivos de los países beneficiarios, lograr la sostenibilidad ininterrumpida de la deuda e infundirle a la ayuda más previsibilidad (véase “Cuando la ayuda da sorpresas”, pág. 34). En cuanto a los destinatarios, es importante que los países que hace poco recibieron alivio de la deuda no vuelvan a acumular un endeudamiento insostenible al obtener más acceso al financiamiento.

Crear un buen clima de negocios

El tercer reto de envergadura es crear un clima de negocios propicio para un sector privado dinámico y competitivo que cree puestos de trabajo y apunte a un crecimiento generalizado. Parte de la solución consiste en desarrollar mercados nacionales de capitales líquidos que funcionen bien, capaces de propiciar el crecimiento del sector privado.

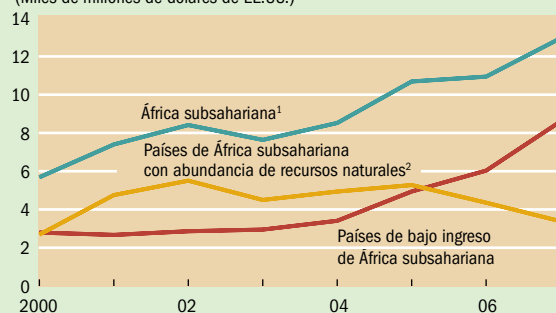
La integración más estrecha con los mercados financieros mundiales les ofrece a los países de bajo ingreso una valiosa oportunidad para captar capital extranjero y canalizarlo hacia el desarrollo pro crecimiento. En África subsahariana, los flujos de capital privado prácticamente se quintuplicaron en los siete últimos años, de US\$11.000 millones en 2000 a US\$53.000 millones en 2007. Desde 2004 también aumentaron rápidamente hacia los países de bajo ingreso tomados como grupo, aunque disminuyeron en los países de bajo ingreso que no hacen un uso intensivo de los recursos naturales (gráfico). Además, entre 2001 y 2007 la inversión extranjera directa (IED) se mantuvo estable, entre los US\$15.000 millones y los US\$21.000 millones (FMI, 2008c).

De hecho, varios países de la región se están convirtiendo en “mercados emergentes de frontera”, a medida que sus mercados financieros maduran lo suficiente como para atraer

Creciente afluencia

Los flujos de capital privado hacia los países de bajo ingreso de África subsahariana van en aumento.

(Miles de millones de dólares de EE.UU.)



Fuente: FMI (2008c).

¹Excluidos Sudáfrica y Nigeria.

²Excluido Nigeria.

inversiones de cartera internacionales (véase “Los nuevos mercados africanos de frontera”, pág. 30). Ghana, por ejemplo, salió al mercado internacional de capitales en septiembre de 2007 con una emisión de bonos de US\$750 millones que registró un excedente de suscripción de más del 400%. Gabón emitió bonos con condiciones parecidas por US\$1.000 millones para saldar su deuda con el Club de París.

Varios países africanos que avanzaron considerablemente hacia la estabilidad macroeconómica y la sostenibilidad de la deuda también lograron vender a inversionistas extranjeros letras de Tesorería denominadas en moneda nacional. Tal ha sido el caso de más del 14% de la deuda pública de Zambia, 11% de la de Ghana y una proporción sustancial de la de Tanzania y Uganda a fines de junio de 2007 (Wakeman-Linn y Nagy, 2008).

Pero dentro del continente el avance es desigual. De hecho, los datos muestran que aunque los flujos de capital privado hacia África subsahariana están aumentando en términos relativos, no se encuentran distribuidos de manera uniforme entre los países, y —sobre todo si se excluye la IED— ni son abundantes ni están diversificados (Ratha, Mohapatra y Plaza, 2008). Después de todo, entre 2000 y 2007 Sudáfrica y Nigeria recibieron prácticamente la mitad de la IED, y Sudáfrica, más del 85% de la inversión de cartera (FMI, 2008c). Para muchos países de bajo ingreso, la ayuda oficial y la IED en el sector oficial originada por entidades estatales de otros gobiernos todavía representan el grueso de los flujos de capital del exterior.

Para atraer más inversión y capital externo, se debe liberalizar la economía. Resulta fundamental crear un marco de políticas adecuado y elaborar una estrategia de liberalización progresiva para poder integrarse satisfactoriamente a la economía mundial. Pero ese paso no está libre de riesgos, y ese es un ámbito en el cual los países de bajo ingreso pueden aprovechar la experiencia de las actuales economías de mercados emergentes.

La formulación de políticas bien pensadas para la cuenta de capital y de estrategias de liberalización financiera es un proceso que requiere varias etapas. A corto plazo, exige revisar el régimen regulatorio de la cuenta de capital para mejorar la transparencia, coherencia y eficiencia. A mediano plazo, re-

quiere una estrategia de liberalización bien estructurada y programada; primero se deben liberalizar los flujos más estables a más largo plazo para poder establecer con tiempo marcos sólidos de regulación y supervisión que fortalezcan las instituciones financieras del sector privado. Además, hay que adquirir capacidad para monitorear los flujos de capital. Solo entonces se puede proceder a levantar todos los controles.

Los países de bajo ingreso también necesitan afianzar todos los aspectos del desarrollo de mercados locales de renta fija y variable, desde el régimen legal y reglamentario hasta la infraestructura. Al crear una combinación adecuada de prestatarios (y acreedores), pueden contribuir decisivamente a la profundidad y la liquidez de estos mercados, y a su vez facilitarles a las empresas prestatarias el acceso a los mercados.

Fortalecer las instituciones

El cuarto reto consiste en modernizar las instituciones necesarias para el fomento del desarrollo (véase por ejemplo el informe de 2005 de la Comisión para África). El consenso actual es que una de las claves del desarrollo reside en la calidad de las instituciones políticas, jurídicas y económicas de un país. Los estudios demuestran que las instituciones pueden ser mucho más determinantes que la geografía (véanse Acemoglu, Johnson y Robinson, 2008; Rodrik, 2004), pero también que la calidad institucional es tanto el resultado como la causa de la prosperidad económica.

La relación entre calidad institucional y prosperidad económica quizá no siempre sea lineal o sencilla, pero está claro que

la debilidad institucional socava la voluntad o los medios políticos necesarios para implementar políticas adecuadas o reformas indispensables. Además, no es posible atraer inversionistas sin estructuras políticas y jurídicas estables que resguarden los derechos de propiedad, y sin un grado de igualdad que permita a diferentes segmentos de la sociedad participar en la vida económica (Acemoglu, 2003). Una inversión más amplia y de mejor calidad es uno de los principales ingredientes del crecimiento sostenido.

En los últimos años, los países de bajo ingreso han llevado a cabo reformas políticas e institucionales trascendentales. Muchos gozan hoy de instituciones democráticas y elecciones pluralistas. Como lo señaló la Comisión para el Crecimiento y el Desarrollo (2008), en muchos países de África subsahariana —si no en la mayoría— ha nacido una generación de dirigentes comprometidos con el crecimiento y con la apertura y transparencia del gobierno, y las instituciones mejoraron en muchos países. Pero en numerosos casos aún queda por hacer.

Aunque no son pocos los países que enfrentan retos institucionales de envergadura, la comunidad internacional está centrada en los Estados “frágiles”, que se caracterizan por una capacidad institucional y una gestión de gobierno endebles, tensiones sociales e inestabilidad política; para decirlo de otro modo, países que han caído en las trampas del conflicto armado y la falta de gobernabilidad (Collier, 2007). Los Estados frágiles albergan al 9% de la población del mundo en desarrollo, pero al 27% de sus indigentes (que viven con menos de US\$1 por día). Las organizaciones internacionales miden la fragilidad con

Recuadro 2

El papel del FMI en los países de bajo ingreso

Más de 1.000 millones de personas aún subsisten con menos de US\$1 al día y la indigencia sigue siendo un problema crítico para la comunidad internacional, sobre todo en los países de bajo ingreso, que representan dos quintas partes del total de miembros del FMI.

La institución está comprometida a ayudarlos a avanzar en pos de la erradicación de la indigencia, alcanzar los Objetivos de Desarrollo del Milenio y transformarse en países de ingreso mediano a través de sus tres funciones centrales: crédito, asistencia técnica, y asesoramiento y supervisión de la economía.

La actividad del FMI se centra en la estabilidad macroeconómica y financiera —fundamento del crecimiento sostenido y de la reducción de la pobreza—, y refleja las necesidades concretas y la coyuntura económica de cada país. La institución reconoce que las metas y los programas de desarrollo los dirigen los propios países, y que debe colaborar estrechamente con un grupo más amplio de donantes y organismos para brindarles respaldo.

Crédito. Alrededor del 80% de los programas de préstamo del FMI están dedicados a países de bajo ingreso. La organización proporciona financiamiento en condiciones concesionarias a países pobres con problemas de balanza de pagos a través del Servicio para el Crecimiento y la Lucha contra la Pobreza, y en caso de necesidades pasajeras generadas por shocks externos, mediante el Servicio para Shocks Exógenos. Los países que no requieren asistencia financiera cuentan con el Instrumento

de Apoyo a la Política Económica, que los ayuda a elaborar programas económicos eficaces y es una indicación de respaldo institucional para donantes, mercados y bancos multilaterales de desarrollo. Muchos países de bajo ingreso también pueden aprovechar iniciativas encaminadas a reducir la deuda externa. Los que obtuvieron alivio de la deuda le pueden dedicar en promedio cuatro veces más a los servicios sociales que al servicio de la deuda.

Asistencia técnica. La asistencia y capacitación que ofrece el FMI tiene por objeto fortalecer la capacidad de los países miembros para dirigir sólidas políticas fiscales, monetarias, cambiarias y de endeudamiento. En promedio, el FMI envía cuatro veces más misiones de asistencia técnica por año a países de bajo ingreso que al resto de los miembros. En los últimos años consolidó esta dimensión inaugurando centros regionales de asistencia técnica en el Pacífico, el Caribe, Oriente Medio, y África oriental, occidental y central.

Supervisión. Los países de bajo ingreso se benefician del asesoramiento en materia de política macroeconómica que el FMI les brinda regularmente a sus 185 miembros. La organización también se está preparando mejor para ayudarlos a obtener el máximo provecho de la globalización y evitar al mismo tiempo sus riesgos, por ejemplo ofreciendo respaldo en ámbitos críticos para el crecimiento —sobre todo el comercio internacional— e integrando el análisis del sector financiero al asesoramiento económico.

diferentes criterios, que por lo general combinan dimensiones vinculadas a la capacidad y la rendición de cuentas de las instituciones con indicadores del riesgo de conflicto armado. En 2006, el Banco Mundial atribuyó esa calificación a 35 países.

Este grupo va cada vez más a la zaga de otros países de bajo ingreso desde el punto de vista del crecimiento y el desarrollo. En 2007, un informe conjunto del Banco Mundial y del FMI estimó que para 2015 el nivel de indigencia en los Estados

Erradicar la indigencia es un reto de primer orden para nuestra generación, y solo podrá lograrse si los países que hoy son pobres logran sustentar durante muchos años un crecimiento más rápido, y si los frutos de ese crecimiento nutren a la generalidad de la población.

frágiles superará el 50%. Cabe señalar que si bien la asistencia para el desarrollo destinada a estos países subió de US\$9.700 millones a US\$26.200 millones entre 2002 y 2006, la distribución es muy desigual. En 2005 y 2006, dos tercios de la ayuda se concentró en cuatro países: Afganistán, Nigeria, la República Democrática del Congo y Sudán.

Los Estados frágiles a menudo no pueden movilizar suficiente respaldo internacional en las primeras etapas críticas del proceso de reforma, aunque la asistencia técnica puede ayudar a las economías que salen de un conflicto armado a restablecer el funcionamiento de algunas instituciones fundamentales (recuadro 2). Por ejemplo, como parte de la asistencia para el fortalecimiento de las capacidades, el FMI colaboró extensamente con el Banco de Rwanda —principal encargado del sistema de supervisión y regulación financiera nacional— para restablecer sus funciones centrales, tras el colapso del sector económico y financiero del país que siguió al genocidio de 1994. Más allá de la asistencia técnica, un buen ejemplo de una campaña mundial coordinada fue la reducción de la deuda de Liberia tras una aciaga guerra civil de 14 años.

Los retos del futuro

Erradicar la indigencia es un reto de primer orden para nuestra generación, y solo podrá lograrse si los países que hoy son pobres logran sustentar durante muchos años un crecimiento más rápido, y si los frutos de ese crecimiento nutren a la generalidad de la población. Como lo demuestran los estudios recientes de numerosos economistas y expertos en desarrollo, es verdad que cada país tiene sus propios motores de crecimiento y que el liderazgo nacional desempeña un papel crítico, pero la

experiencia internacional también resulta útil para decidir qué tiene probabilidades de funcionar y qué no. Para algunos países de bajo ingreso, el futuro presenta retos aparentemente sobrecogedores. Pero cabe recordar que muchos países que hoy son mercados emergentes se encontraban en una situación parecida hace una o dos décadas.

En este artículo se ha pasado revista a algunas de las cuestiones más candentes que los especialistas financieros y macroeconómicos deberán abordar en los países de bajo ingreso y en la comunidad internacional que busca ayudar. Otros especialistas —en salud, educación, infraestructura y medio ambiente, por ejemplo— tendrán que colaborar desde sus disciplinas porque el crecimiento y el desarrollo exigen avances en una amplia variedad de frentes. Todos estos esfuerzos necesitan como cimiento una buena gestión macroeconómica y financiera: movilizar el respaldo general y la voluntad política para alcanzar estas metas es una causa a la que todos podemos volcarnos. ■

Masood Ahmed es Director del Departamento del Oriente Medio y Asia Central del FMI. En 2007 dirigió un grupo de trabajo del FMI sobre países de bajo ingreso.

Referencias:

- Acemoglu, Daron, 2003, "Root Causes", *Finanzas & Desarrollo*, vol. 40 (junio), págs. 27–30.
- , Simon Johnson y James Robinson, 2008, "Institutions as the Fundamental Cause of Long-Run Growth", en *Handbook of Economic Growth*, vol. 1A, Phillipe Aghion y Steven Durlauf, compiladores (Amsterdam: North Holland).
- Collier, Paul, 2007, *The Bottom Billion: Why the Poorest Countries Are Failing and What Can Be Done about It* (Oxford: Oxford University Press).
- Commission for Africa, 2005, "Our Common Interest: Report of the Commission for Africa" (marzo).
- Commission on Growth and Development, 2008, "The Growth Report: Strategies for Sustained Growth and Inclusive Development" (Washington: Banco Mundial).
- FMI, 2008a, "Food and Fuel Prices—Recent Developments, Macroeconomic Impact, and Policy Responses"; <http://www.imf.org/external/np/pp/eng/2008/063008.pdf>
- , 2008b, "The Balance of Payments Impact of the Food and Fuel Price Shocks on Low-Income African Countries: A Country-by-Country Assessment"; <http://www.imf.org/external/np/pp/eng/2008/063008a.pdf>
- , 2008c, "Private Capital Flows to Sub-Saharan Africa: Financial Globalization's Final Frontier?", en *Regional Economic Outlook: Sub-Saharan Africa* (Washington).
- Kharas, Homi, 2007, "Trends and Issues in Development Aid", *Wolfensohn Center for Development Working Paper No. 1* (Washington: Brookings Institution).
- Ratha, Dilip, Sanket Mohapatra y Sonia Plaza, 2008, "Beyond Aid: New Sources and Innovative Mechanisms for Financing Development in Sub-Saharan Africa", *Policy Research Working Paper 4609* (Washington: Banco Mundial).
- Rodrik, Dani, 2004, "Getting Institutions Right" (inérito; Cambridge, Massachusetts: Universidad de Harvard).
- Wakeman-Linn, John, y Piroska Nagy, 2008, "More Investors Turn to Sub-Saharan Africa", *Revista del Boletín del FMI en línea*; <http://www.imf.org/external/pubs/ft/survey/so/2008/CAR012A.htm>